

Lo que sea de cada quien

El tío cristero

Vicente Leñero

Hasta después de leer *Entre las patas de los caballos* de Luis Rivero del Val, y *Héctor* de Jorge Gram, entendí lo que había sido la guerra cristera de los años veinte. En las clases de Historia de México de la secundaria la soslayaban mañosamente.

Mi padre amplió mi información mostrándome fotos en el libro del Archivo Casasola. Una noche me dijo:

—Si te interesan tanto los cristeros, ¿por qué no vas a ver a tu tío Alejandro?

Nada sabía yo de él. Sí de sus hermanos —todos primos segundos de mi padre—: Agustín, que fue secretario particular de Lázaro Cárdenas, luego embajador, y Rubén, que le dio su nombre y apellido al hospital de la Cruz Verde.

—Tu tío Alejandro se ordenó de sacerdote, y como sacerdote combatió en los ejércitos cristeros. Iba a caballo echando bala. Era muy valiente.

—¿Él te contó?

—Es párroco en Zamora. Estoy seguro que le encantaría platicarte sus hazañas.

No lo pensé dos veces. Yo era entonces un jovencuelo a punto de entrar en la Universidad, y obsesionado como estaba con la guerra cristera abordé un autobús Estrella Blanca rumbo a Zamora.

Llegué cuando empezaba a anochecer. En el Hotel Fénix que me recomendó un taxista encontré un directorio telefónico. Llamé al tío Alejandro.

—No no no, de ninguna manera. Tú no puedes quedarte en un hotel —me ordenó cordialísimo apenas oyó de quién era hijo—. Vente a mi casa ahora mismo.

Ciertamente tenía los ojos y la frente de mi padre aunque era más regordete. Peinaba canas. Sonreía siempre. No tenía facha de cura y me tendió los brazos apenas llegué.

—Pásale, pásale. ¿Qué andas haciendo en Zamora?

Lo primero que me sorprendió fue la casona donde vivía, de su propiedad. Pensaba encontrarlo en una modesta casa cural, húmeda, desolada, pero en ésta abundaban cuartos con muebles antiguos, ostentosos. La habitaba con su hermana Esperanza que aunque me veía de arriba abajo con recelo se puso a prepararme un pozole riquísimo y me instaló en un cuarto donde no había un solo crucifijo.

Durante la cena expuse a mi tío el interés que sentía por su experiencia cristera:

—Mi padre dice que eras muy valiente, que andabas a caballo echando bala.

—Ah, los cristeros —gruñó. Y evadió el tema. Me adelantó que no nos veríamos en el desayuno porque decía misa a las ocho de la mañana en su parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe, a tres cuadras del parque.

—Pero no no no, no es necesario que madrugues. Nos vemos después.

Aunque llegué a la segunda lectura fui a oír su misa que la dijo rapidito, sin homilía, y cuando regresábamos caminando a desayunar me señaló una casa vecina a la suya —ésa, mira— que estaba por adquirir a muy buen precio.

—La quiero para rentarla, puede ser un gran negocio.

Sólo me habló de negocios toda la mañana. En su patio trasero tenía gallinas, muchas gallinas para la venta de huevo; quería ampliar el lugar y montar una instalación avícola. También le iba bien como socio de los hijos de su hermano Alfonso: distribuían gas doméstico en todo Michoacán.

—Estamos ganando buen billete.

—Pero no me has contado de tus años como cristero —lo interrumpí mientras tía



Cristeros

Esperanza nos plantaba sendos platos de huevos revueltos con chile pasilla.

—Para mí es un tema superado —gruñó otra vez—. Aventuras de juventud. A quién le importan.

Insistí con más preguntas. Le hablé de los libros que había leído sobre la Cristiada y de las fotos del Archivo Casasola. Fue inútil. Su corazón, su mente, su entusiasmo se habían enlodado en los negocios. Ni siquiera parecían importarles sus actividades sacerdotales. ¿Seguiría teniendo fe?

—Para qué pensar tanto en el pasado —dijo—. Piensa en el presente, en lo que tienes por delante para ganarte la vida.

Eso me hartó. Me encerré un par de horas en el cuarto antes de simular una llamada telefónica. Solté la mentira a los tíos:

—Pues dice mi hermano que necesito regresar con urgencia a México para entregar unos papeles en la Universidad.

—¿Ni siquiera te vas a quedar a comer? —se sorprendió tía Esperanza.

—Lo siento, tía. Perdón. Gracias por todo.

En un taxi me fui directo a la estación de autobuses. ■